

# *Daigo Fukuryu Maru*



*Autora*

---

*Clara Sallán Artasona*

*Accésit*

---

*Categoría A • 14-18 AÑOS*

2019

*Autora*

---

## **Clara Sallán Artasona**

*Huesca, 2000*

*Actualmente está cursando el cuarto año del doble Grado de Historia y Relaciones Internacionales en la Universidad de Navarra. Ha recibido premios literarios como el Concurso de Relato Breve Villa de Binéfar en 2020, el Premio Ciudad de Barbastro de Narrativa Escolar en 2015 y 2018, o el concurso de microrrelato En pocas palabras de Huesca en 2018; y otros premios como el de Traducción de Latín y Griego de la Universidad de Zaragoza en 2018. En cuanto a internacionalidad, ha realizado estancias universitarias en Shangháí y voluntariado en Tanzania.*

# DAIGO FUKURYU MARU

*Clara Sallán Artasona*

**M**i abuelo solía contarme historias de ciudades que se movían. Historias de ciudades ambulantes en profundos valles que, en la oscuridad de la noche, desaparecían para amanecer muy lejos de allí, en las altas montañas nevadas o en las playas de islas remotas.

Yo nunca creí sus historias, ni siquiera cuando era niño. Las ciudades no desaparecen de la noche a la mañana, me decía a mí mismo, y reaparecen en otro lugar al día siguiente. Mi abuelo insistía en sus historias, año tras año, incluso cuando fui lo suficientemente mayor como para acompañarlo a pescar a bordo del Dragón afortunado. Cada mañana, mientras el sol luchaba por arrebatarse el cielo a la noche y el océano se teñía de gris y dorado, mi abuelo me contaba sus historias de niños, mientras el resto de la tripulación faenaba y lo escuchaba, mirándose entre ellos con sonrisas divertidas.

—Abuelo, no me cuentes más tus historias —le decía yo, que no quería que me tratase como a un niño, y menos delante de sus pescadores, hombres curtidos por el viento y la sal del mar, que eran capaces de levantarme con un solo brazo sin apenas esfuerzo. Yo quería ser como ellos, como mi abuelo, un marinero fuerte como una roca que no temiese a la tempestad, y como un marino

experimentado intentaba comportarme a mis ingenuos doce años. Pero mi abuelo reía cuando me veía enrojecer ante su trato paternal, y seguía contando sus historias de ciudades ambulantes.

Yo nunca creí sus historias.

Hasta que un día, de la noche a la mañana, una ciudad entera se desvaneció. Nos levantamos como cada amanecer, y de camino al puerto nos enteramos de que había desaparecido. Por una vez me pregunté si las historias de mi abuelo serían ciertas. Por una vez deseé que lo fueran, y que la ciudad apareciese de nuevo, intacta, en algún lugar de Japón, tal vez entre las heladas cumbres de Hokkaido, o en las tranquilas playas de Okinawa.

Pero Hiroshima nunca volvió a aparecer.

Tres días después, sucedió de nuevo. Contaban que el cielo se iluminaba con un fognazo más brillante que mil soles, como si de repente un dios hubiera decidido bajar a la tierra a jugar con sus ciudades, y hubiera decidido llevarse una sin avisar. ¿Nos la devolvería algún día?

Mi abuela tenía miedo. Y no solo ella. Los pescadores del Dragón afortunado, la señora del puesto de verduras, el hombre cojo que siempre fumaba a la entrada del puerto, todos tenían miedo de que las ciudades empezasen a desaparecer como si de una plaga se tratase. Incluso mi abuelo. Yo quería preguntarle a mi abuelo, que todo lo sabía, adónde iban aquellas ciudades ambulantes, pero nunca lo había visto tan serio, tan taciturno, casi como si estuviera asustado, y no me atreví a preguntarle.

—¡Ahora, solo el divino emperador puede salvarnos! —solía repetir mi abuela cada pocos minutos, en esos días de agonía en los que todo el mundo temía que la plaga se extendiese. ¿Y si, la próxima vez, le tocaba a nuestra ciudad? ¿Y si, mientras dormíamos, desaparecíamos, sin enterarnos, sin haber sabido, al cerrar los ojos, que era la última vez que veíamos el mundo?

Aquellas noches yo no dormía. Me quedaba despierto, mirando las estrellas, con un nudo en el estómago, pensando que, en cualquier momento, podía desaparecer sin que hubiera manera de evitarlo. El

pensamiento me aterraba, y trataba de tranquilizarme encontrando mi ruta en las estrellas que habían guiado a generaciones de marinos y pescadores en mi familia. Creo que a mi abuelo le pasaba lo mismo, porque a él también lo veía, sentado en su silla frente a la puerta de casa, mirando las estrellas, tal vez intentando encontrar un camino que nos alejara de aquella plaga. Al verlo mis temores se desvanecían, como se desvanecían cuando, en medio de mares embravecidos, lo veía plantar cara a la tempestad con semblante sereno, más fuerte que las olas que amenazaban con tragarlo, y que finalmente, no se atrevían a hacerlo, como si mi abuelo pudiera proteger la ciudad con su sola presencia.

No sé si al final fue mi abuelo o el divino emperador, que debió escuchar las plegarias de su pueblo, pero a los pocos días cayó del cielo la noticia de que nuestras ciudades dejarían de desaparecer. El precio era alto, pero la plaga, para alivio de todos, consiguió evitarse.

A pesar de todo, tras aquello, mi abuelo dejó de contar historias, tal vez por temor a que se hicieran realidad de nuevo.

Varios años después, la plaga no había sido olvidada, pero el país empezaba a curarse de sus heridas, aunque algunas todavía seguían abiertas como llagas supurantes que, tal vez, no se cerrarían nunca. “Nunca te acerques a esas llagas, hijo mío”, solía decirme mi abuelo, “o tú también desaparecerás de la noche a la mañana”.

La vida seguía entre las llagas y el mar al amanecer. Me gustaba salir con mi abuelo antes de que el sol surgiera sobre el océano, partiendo las aguas en dos, y navegar hacia el este, siempre hacia el este, como si quisiéramos llegar hasta el sol y tocarlo, y navegar sobre las olas de oro fundido. ¿Sería capaz el Dragón afortunado de llegar hasta el fin del mar y hundirse en el sol naciente?

El abuelo dejó atrás su semblante serio y la sonrisa afable volvió a su rostro, junto a aquella mirada que parecía conocer todos los secretos que guardaba el océano. Mis manos, fuertes y cada día más callosas, se parecían cada vez más a las de mi abuelo, cada año más arrugadas y ni un ápice menos fuertes, que seguían haciendo

nudos con la misma pericia de siempre. Yo me enorgullecía de aquel hombre que parecía no verse afectado por el paso del tiempo. Un día llegué a pensar que no importaban las guerras, las bombas, las ciudades desaparecidas o los barcos hundidos, mi abuelo resistiría a todos ellos, como había hecho toda su vida, y todas las mañanas podrían ver al hombre más fuerte y sabio de Japón navegando hacia el sol naciente a bordo del Dragón afortunado.

Hasta que un día lo vi quieto, en silencio, con la mirada fija en la cuerda que sostenía entre las manos, como si se dispusiera a hacer uno de sus nudos irrompibles. Y vi en sus ojos una muda pregunta, una sombra de perplejidad y temor, una expresión que no había visto nunca en mi abuelo, ni cuando la plaga empezó a llevarse ciudades. Atemorizado, me acerqué hasta él.

—No lo recuerdo, Hayao, no lo recuerdo... —la voz se le quebró, como si estuviera a punto de echarse a llorar, y aquello me dio miedo, mucho más miedo que cuando salía por las noches a mirar las estrellas preguntándome si iba a desaparecer —. No recuerdo cómo se hace.

Fue el principio del fin. Mi abuelo, el hombre eterno, indestructible, empezó a desmoronarse. El hombre que me había sacado al mar desde que tenía uso de razón; el que me enseñó a caminar sobre la cubierta de un barco embestido por las olas; el que me acogió bajo sus fuertes manos cuando mi padre fue llamado a combatir contra los americanos; el que me consoló con su voz ronca cuando, tras meses de espera, finalmente comprendí que mi padre, como las ciudades, no iba a volver; ese hombre que me crio contra viento y marea y las bombas de la guerra comenzó a olvidar, a olvidar nudos, palabras, caras, nombres, caminos. El médico, hombre endurecido por los años y las enfermedades, nos dijo que era inevitable, que pronto olvidaría el camino al puerto y las caras de sus pescadores y el nombre de su barco, y olvidaría quién era la abuela y quién era yo, y un día olvidaría como respirar, y ahí se acabaría todo.

El abuelo se desmoronó un poco más al oír esto. Pero mi abuelo había recibido un golpe tras otro toda su vida, había sobrevivido al



fragor de guerras y tormentas, y aun desmoronándose se negó a dejar de salir a pescar cada amanecer como había hecho durante toda su vida.

—Ni los rusos ni la tormenta de hace veinte inviernos acabaron conmigo, y esto tampoco lo hará —repetía, tal vez más esperanzado que convencido, mientras mi abuela luchaba por contener las lágrimas, y él se iba a toda prisa al puerto para que ella no lo viese en el mismo estado.

Yo veía sus grietas mientras se resquebrajaba, pero yo había aprendido del hombre que me había criado, y cada día lo acompañaba al Dragón afortunado y le enseñaba a hacer los nudos tal como él me había enseñado a mí, mientras navegábamos hacia un sol en el que intentábamos hundirnos, olvidando poco a poco que nos estábamos desmoronando.

Una noche, tras olvidar el nombre de las estrellas que lo guiaban, mi abuelo me dijo que había aceptado que estaba desapareciendo poco a poco. Yo cogí su mano arrugada y callosa, y esta vez temblorosa, y quise convencerlo de que no tenía por qué ser así. ¿Cómo podía ser que el hombre más fuerte del mundo se rompiera?

—Yo soy el pasado, Hayao, mírame. Yo he llegado hasta aquí, y cada día doy gracias a los dioses por que me hayan dejado ver el mar cada amanecer durante todos estos años. No te obsesiones conmigo, Hayao, yo ya he cumplido con mi tiempo. Pero mírate a ti, tú eres joven, eres fuerte, eres el futuro. Quiero que a partir de mañana seas el capitán del Dragón afortunado. Quiero que les enseñes a tus hijos y a tus nietos a navegar, a pescar, a leer las corrientes marinas y las estrellas, y que ellos se lo enseñen a sus hijos y a sus nietos, y que esto no se pierda, Hayao, que tú no te pierdas.

Mi abuelo no volvió a subirse al Dragón afortunado, pero volvió a contar historias de nuevo, tal vez libre de sus antiguos temores, tal vez habiéndolos olvidado. Esta vez eran historias de tiempos antiguos en los que las estrellas brillaban de día y el sol salía por el oeste, y ahora yo escuchaba a mi abuelo sin saber si creerlo o no. Pero las historias de mi abuelo no se equivocaban.

Negó el día en que el sol salió por el oeste. Era una nieve extraña. No solo porque, a punto de empezar la primavera, era extraño ver nieve, sino porque era una nieve cálida.

Permanecí bajo aquella nieve cálida, perplejo, al igual que el resto de los pescadores de mi abuelo, ahora mis pescadores, sin saber que esa nieve estaba despertando un monstruo en nuestro interior que empezaba a devorarnos con increíble voracidad. Maravillados y asombrados también porque, escasos minutos antes, habíamos visto el cielo del oeste iluminarse como si mil soles amaneciesen por occidente, echamos nuestras redes bajo aquella extraña nieve, ignorando que el futuro se reducía a grandes zancadas.

Mi abuelo, cuya mente estaba siendo devorada por su propio monstruo, nunca pensó que me sobreviviría, pero al final lo hizo. Las llagas supurantes de las ciudades desaparecidas se abrieron en mi piel y se llevaron a mis hijos y mis nietos y el futuro que mi abuelo había visto y todo aquello que alguna vez aprendí del hombre más fuerte del mundo. Él lloraba, a lágrima viva, al pie del lecho en el que yo me retorcí de dolor, hasta que, al final, sólo quedó la oscuridad y los pedazos del hombre más roto del mundo.

Al otro lado del océano, un grupo de científicos trataba de explicar al hombre más poderoso del mundo que la bomba de hidrógeno había resultado más potente de lo calculado, como aquel primer experimento en el Pacífico había demostrado. El Presidente lo meditó un momento, pero, tan maravillado como atemorizado por Castle Bravo, finalmente disparó y dio comienzo a la carrera más suicida de la Historia, haciendo caso omiso de los gritos silenciosos de Hiroshima y Nagasaki, y del esqueleto de un dragón afortunado.